

vir en mí, y de tal manera espero, que muero porque no muero”.

En algunos momentos más abandonaremos este lugar sagrado; saldremos silenciosos, sin prisa ni zozobra. Junto al sol fe-

cundo habrá una voz dulce y clara. El camino será más fácil y sereno.

Bajo esa luz, al amparo de esa llamada, marcharemos contigo, Vicente Salas Viú.

## Sir Malcolm Sargent

Nacido en Stanford (Lincolnshire) el 29 de abril de 1895, Sir Malcolm Sargent llegó a ser una de las más grandes figuras de la música inglesa de los últimos tiempos. Su gran personalidad trascendió rápidamente los límites de su patria y fue conocido con admiración en el resto de Europa y del mundo. Llegó a ser renombrado organista y uno de los puestos importantes que sirvió fue en la Melton Mowbray Parish Church, durante 1914. En 1919 se doctoró en música y fue llamado como profesor a la joven orquesta de la B. N. O. C. Su primer gran éxito lo alcanzó con el estreno de la ópera “Hugh the Drover”, de Vaughan Williams, y los elogios de la crítica por su asombrosa habilidad como director lo llevaron en seguida a ejecutar “At the Board Head”, de Holtst. De aquí en adelante su repertorio se fue ampliando rápidamente y es así como quedaron en la memoria sus excelentes versiones de las cantatas y pasiones de Bach y de obras inglesas contemporáneas como “El

sueño de Gerontus”, de Elgar, y “El Festín de Baltasar”, de Watson. En 1925, invitado por la “Royal Philharmonic Society”, estrenó entre otras obras la Sinfonía Pastoral de Williams. Su primera actuación en los Estados Unidos, en 1945, la hizo frente a la orquesta de la N. B. C. en una serie de conciertos a los que fue invitado por Toscanini. En 1950 visitó algunos países de América del Sur incluyendo Uruguay, Argentina, Chile y Brasil. En Chile estrenó con la Orquesta Sinfónica Nacional la Sonata para Orquesta de cuerdas del compositor británico Edmond Elgar y la Sexta Sinfonía en mi menor de Vaughan Williams.

Con el desaparecimiento de Sir Malcolm Sargent, acaecido hace pocos días en Londres, termina un fecundo período en la enseñanza, el ejemplo y la perfección en el difícil oficio de la dirección orquestal. Sus numerosos discípulos supieron aprovechar tan valioso saber y sacar el mejor partido de su gran talento.

## HEMOS LEIDO

*León, Argeliers.* Música Folklórica Cubana. Ediciones del Departamento de Música de la Biblioteca Nacional “José Martí”, La Habana, 1964. 148 pgs.

Una de las más justificadas aspiraciones de los estudiosos y simples interesados, en relación con la música folklórica americana, es la obtención de fuentes informativas que permitan un contacto serio y eficaz, para los efectos de practicar un método comparado, con el cual se pudiera llegar a un acercamiento efectivo y científico de los diferentes núcleos nacionales de nuestro continente.

Este propósito se cumple sólidamente a través de las densas páginas de Música Folklórica Cubana, obra que debemos agradecer al Director del Instituto de Etnología y Folklore de La Habana, Argeliers León.

Los planteamientos teóricos sobre la música folklórica consignan un polémico prólogo, defensor de la naturaleza integral del folklore, y piedra angular de los capítulos siguientes, y que cuenta con un valioso complemento en la introducción, reveladora de

los antecedentes históricos, de la evolución, y del medio socioeconómico, propios de la materia tratada.

Los elementos de procedencia africana aparecen analizados en los complejos *yoruba*, *bantú* y *abakúa*, por medio de sus ceremonias, fiestas, grupos de cultores, cantos, danzas e instrumentos. Los de origen hispánico demuestran una criollización cubana, que desemboca en la verdadera alcurmia del folklore, y que cuenta con exponentes de la representatividad del *punto*, el *son*, la *guaracha*, la *canción*, entre otros. Muchas alusiones podríamos hacer a algunas de estas especies, sobre la base de la existencia en Chile de composiciones afines, pero bástenos deternos en el *punto*, en cuyos caracteres poéticos y musicales, reconocemos, una vez más, la hermandad hispanoamericana de los distintos miembros del género folklórico correspondiente, por fortuna siempre vigoroso en muchos de nuestros países.

Hacia el presente denominase el capítulo final y en él Argeliers León reclama la necesidad de que el pueblo cubano llegue a ser dueño de su tradición afirmándose en